

**“Enrique Pezzoni: una evocación”, Espacios de crítica y producción N° 42, noviembre de 2009.**

Esta es la segunda vez que presento este libro de Enrique Pezzoni. La primera fue en 1986. Ahora, 23 años después, mi presentación consta de dos partes o frases. La primera es “yo estaba fascinada por Enrique Pezzoni”. Y la segunda “Y también estaba fascinada por El texto y sus voces”.

Empiezo por la primera.

Enrique no fue profesor mío sino mi editor (Sudamericana publicó mi libro Onetti en 1979 y después El género gauchesco en 1988 gracias a Enrique) y el amigo y el gran seductor hasta su muerte. De algún modo pasamos juntos los años 70 y 80's. Éramos amigos literarios y eran cómplices. La primera vez que me llamó para pedirme un artículo para Sur casi me caigo desmayada.

Yo estaba fascinada por Enrique porque era un dandy distinguido, bellissimo, cultísimo y divertidísimo que me hacía reír todo el tiempo. Vivía la vida sub especie humorística y literaria, y contaba chistes geniales. A veces contaba fragmentos o escenas de películas (le encantaba la mala Bette Davis). Pero sus cuentos se referían casi siempre al mundo literario y hablaba de escritores y de literatura. Contaba las travesuras nocturnas de Silvina Ocampo, y las aventuras y los dichos de Victoria Ocampo y de Pepe Bianco, por separado. Contaba chistes de la editorial, de los que le llevaban manuscritos y qué les decía al devolvérselos; contaba sus aventuras americanas: cómo se escapaba los viernes de Urbana Champaign para respirar en Nueva York. También contaba chistes de exámenes: ¿quién es el Santo de la espada? Alfredo Alcón contestaba el alumno. Era la seducción, el hombre de mundo, el hombre de letras, el editor, el traductor, el profesor. Y para mí el amigo entrañable que me tenía fascinada.

Era moderno, urbano, cosmopolita y parte de Buenos Aires aunque su ciudad fue siempre Nueva York. Me encantaba la vida de soltero que llevaba, todas las noches comía afuera, no se perdía vernissages ni funciones del Colón. Yo me sentía importante saliendo con él. Nos encontrábamos en restaurantes como el Edelweis y en verano en la vereda de La Biela tomábamos

clericós. Éramos cómplices: siempre decíamos que íbamos a poner un restaurant; éramos una pareja de identificaciones y envidias mutuas.

Nos encontrábamos en su departamento, donde nos invitaba a cenar; tenía un PH en Belgrano con un living comedor grande de paredes cubiertas de libros y de fotos de amigos. Era un cocinero genial: me acuerdo de un curry de pollo y que el arroz llevaba coco rallado, un toque caribeño. En su casa conocí a Luis Chitarroni, a Sylvia Molloy, a Alberto Girri, a Pepe Bianco y a Edgardo Cozarinsky.

En esos años 1970 y 80 que estoy evocando, Enrique Pezzoni se ubicaba a la izquierda o en ala juvenil de Sur y se reía de Pepe Bianco y de Victoria Ocampo. Por eso es tan importante en este libro el texto de 1984 sobre Arlt. Como supongo que todos saben, Arlt había sido uno de los trofeos de Contorno, que ponía a Sur como su enemigo. De golpe, después de la dictadura, las posiciones de Enrique como director del Departamento de Letras en la era democrática lo sacaron de la estricta pertenencia a Sur, y apareció más abierto y democrático.

Sigo con la segunda: “y también estaba fascinada por El texto y sus voces”.

De algún modo había seguido su gestación. Me acuerdo la insistencia de Anita Barrenechea que lo perseguía para que publique un libro, y me acuerdo cuando Anita finalmente lo logró. Este fue un libro demandado, deseado y reclamado por otro, si no Enrique no hubiera reunido sus escritos. Recuerdo que se reunieron varias veces para hacer la selección de las notas y artículos. Y sería bueno ver hoy lo que dejaron de lado y por qué lo dejaron de lado. Quizás con eso se podría hacer el tomo segundo de su vida.

Juntaron artículos y notas críticas de revistas literarias prestigiosas como Revista de Occidente, Revista de la Universidad de México, Filología o Sur, y en estas revistas puede seguirse el itinerario de las relaciones y conexiones de Enrique: México, España, Estados Unidos. No se limitaba a lo argentino ni latinoamericano; como Borges, se sentía capaz de escribir sobre cualquier literatura.

En El texto y sus voces está la voz misma del crítico Enrique Pezzoni, un crítico que solo asume el yo en el momento de la reunión de las notas y artículos. “He reunido algunos de los

artículos y notas escritos a lo largo de más de 30 años”, y creo que esa es la única vez que aparece la primera persona en este libro. Y a continuación define al crítico como un lector autorreflexivo, que ordena y decide los sentidos del texto.

El crítico oye las voces del texto y les da sentido, y ese sentido es el de una vida o de su vida.

Dice Pezzoni:

“Ofrezco al lector.... estos conatos de biografía y autobiografía literarias”.

Los fragmentos de una vida y una obra están dispersos y de golpe el sujeto mismo se define en el acto de reunir lo que escribió durante 30 años y ponerle un título. El acto de reunir lo que está disperso lo define como sujeto, como crítico y cuenta su vida.

Yo estaba fascinada por este libro, lo presenté la primera vez en 1986 y hablé de Enrique como crítico. Presentar este libro de Pezzoni en los años 80 era coincidir con su estética y su posición. Compartíamos la teoría del texto, el texto y sus voces, compartíamos lecturas y preferencias. Dije, entre otras cosas, que lo académico se encontraba en mínima proporción (no hay demasiada jerga en el libro), que este libro se situaba más cerca de la literatura y que por eso iba a durar.

Dije: “En el vaivén entre la institución de saberes sobre la literatura y el impulso a perder el saber, en el modo de ligar uno con el otro, la escritura crítica de Enrique Pezzoni se inclina más hacia la literatura, la mínima distancia sin identificación, y no hacia el respeto aplicado por los saberes cambiantes y sus técnicas. Por eso puede incluir en este libro notas y ensayos entre 1950 y 1980 que se leen, todos, como de hoy o mañana.”

Y también dije: “Enrique Pezzoni se constituye como crítico no solo al reunir sus propios textos, también en el espacio privado de la lectura, en la intimidad con el libro, en el abandono, y allí, en un momento específico de iluminación: cuando el lector percibe que las voces de lo que lee, que el texto y sus voces, hablan simultáneamente de dos sujetos y en dos direcciones. La lengua literaria, diga lo que diga, cuenta la vida del que escribe y también, en ese instante, un relámpago, la del que lee.

Y por eso este libro es autobiográfico y escribe casi siempre sobre un tipo determinado de escritor autobiográfico. Los ensayos de El texto y sus voces, sus fragmentos, forman un sistema sin narración ni desarrollo, sin subordinaciones ni jerarquías; una escritura errante que pasa cada vez a otra cosa, busca otro texto para que le sirva de espejo y desencadene, otra vez, su palabra.”

Cuando un libro es una vida las reediciones son otros nacimientos.

En este libro se encuentra una de las vidas del entrañable Enrique, que está hoy aquí otra vez entre nosotros.